

**L**A política, tal como la produce la democracia, tiene una alta dosis de astucia, de juego, de combinación. Hay políticos de malicia rústica, políticos de cálculo culto y elevado. Parece que Italia es uno de los países que más han cultivado el sistema, y con más antigüedad. Ciertas palabras del vocabulario se refieren a esta virtud —y "virtú" es una de esas palabras—: las más usadas, maquiavelismo, florentinismo. Pero hay momentos en que la política de la astucia se pasa: empalaga, indigna. Está sucediendo en Italia. Andreotti ha caído en su votación de investidura —por un voto, en el Senado— y ha dimitido. Era una designación deliberada: para caer, o para pasar la prueba y después dimitir. El horizonte es electoral. Se trata de disolver esta Cámara y convocar elecciones generales. Pero, ¿en qué momento? La Democracia Cristiana quería que se hiciera con un hombre suyo en el poder y con tiempo suficiente para la manipulación. Los socialistas, inmediatamente después del 10 de junio: en esa fecha esperan que las elecciones para la asamblea de Estrasburgo den un triunfo socialista europeo, que les beneficiase directamente. Los comunistas quieren tener un tiempo para dar al país la nueva imagen de su oposición, de su desprendimiento del juego gubernamental, del consenso o del pacto en el que han estado metidos hasta ahora, pero tendría que ser antes de junio para que los socialistas no se beneficiasen de las elecciones europeas. Berlinguer usa la tribuna del Congreso del partido para dar esta imagen de independencia y, al mismo tiempo, como tribuna electoral. Otros partidos pretenden que no se disuelva la Cámara, que no haya elecciones anticipadas: temen perder votos y, por lo tanto, escaños; tienen ahora una influencia, por medio del pacto parlamentario, que no merecen, y después de unas elecciones generales podrían no



Giulio Andreotti, junto a Sandro Pertini, en una de sus —cada vez más frecuentes— visitas al palacio del Quirinal.

**El juego de la astucia se está agotando**

## **ITALIA: CRISIS DE ESTADO**

tener esa influencia. Los debates, las negociaciones, las dosificaciones, las combinaciones, están más fuera de las Cámaras que dentro de ellas.

Pero el juego de la astucia se está agotando. El país soporta cada vez peor que la sociedad y las instituciones se vayan usando, gastando, haciéndose decrepitas; que el armazón del Estado se caiga de viejo sin que nadie lo renueve. Cuando el PCI quiere aprovechar este desgaste de la política de la astucia, se ve que lo hace con otra astucia, una astucia distinta, y desespera.

No funciona, de arriba a abajo, de la primaria a la Universidad y las especializaciones, la enseñanza. La familia no encuentra una legislación que represente las nuevas relaciones entre hombre y mujer, entre padres e hijos. Fallan las relaciones laborales entre capital y trabajo. Todos

los negocios están en conexión con el Estado y de ello se deriva una corrupción indecible, también de arriba a abajo, desde el pequeño funcionario o subalterno que "ayuda" a las grandes autoridades (el anterior presidente de la República, Leone, cayó por un asunto de corrupción, y el caso de los sobornos Lockheed ha determinado a los jueces a involucrar altas personalidades). El paro crece, los impuestos también. El terrorismo es una consecuencia de todo ello, y hasta el terrorismo, que antes era un asunto de los "incorruptibles", de los "puros" —los "justos" de Albert Camus— está ya mezclado con la corrupción: servicios secretos, policías paralelas, influencias extranjeras. El paro produce el aumento de la delincuencia.

A la luz de todo esto, la astucia política indigna. Se produce un infinito desprecio

por los políticos. Es un terreno abonado para el fascismo: pero el fascismo ya mostró, años atrás, su inutilidad, su corrupción, su desgaste y, además, su injusticia, su crueldad, su siembra de dolor. Brotan las acciones aisladas: las huelgas universitarias y obreras, los intentos de la base para depurar las direcciones de los partidos, las pretensiones de desgajar a los sindicatos del seguimiento político y buscar una república sindical; los movimientos feministas que aíslan a la mujer del contexto de la sociedad, o los juveniles que intentan hacer lo mismo con los jóvenes.

Lo que sucede en Italia es una muestra de cómo el Gobierno ineficaz y prolongado —los más de treinta años de la Democracia Cristiana— puede traspasar la enfermedad al propio Estado y a sus fundamentos; de cómo el conservadurismo no puede

ser válido cuando trata de contener una dinámica de vida que se produce a toda costa, que se engendra en sí misma y en una multiplicación de los hechos por sí mismos. Los políticos viven en circuito cerrado, entre sí mismos y para sus maniobras: han dejado de percibir la realidad exterior, el desarrollo de la sociedad civil. Han olvidado que un partido político, y un Gobierno, son una emanación de la voluntad popular, de los sectores de sociedad que ofrecen un pensamiento adecuado a su situación; pretenden, por el contrario, imponerse a esos sectores de la sociedad, en lugar de recogerla. Esa pretensión es propia de las dictaduras, y sin duda las dictaduras logran, no siempre, sujetar a la sociedad civil por las medidas de fuerza y coacción que se conocen; cuando se pretende hacer por la vía democrática, sólo se consigue una hipocresía, y poner de relieve el único valor o mérito de la astucia y, por lo tanto, el alejamiento de la sociedad civil y la esclerosis de los organismos estatales, que se convierten en burocracia sin sentido. Si en Italia esto se añade a que el armazón del Estado tiene todavía elementos feudales heredados de la fragmentación antigua en repúblicas y en principados o señorías —lo que da a los políticos un cierto sentido aristocrático, de propiedad sobre el país en lugar de servicio público—; que tiene también muchos elementos residuales del fascismo (un sentido de poder absoluto, un gusto por el secreto, un psicologismo determinado); que está estrechamente ligado al Vaticano y tiene por lo tanto residuos teocráticos, y, en fin, que es una pieza fundamental en el grupo imperial americano por su situación de espiga en el Mediterráneo, por su proximidad al Oriente árabe y a países comunistas, comprenderemos la dificultad de una reforma profunda de este Estado.

Va a haber elecciones generales en Italia. En la fecha

que se pueda conseguir, bajo los pactos que se consiga hacer, con un resultado que devolverá el país al bicefalismo imposible entre democristianos y comunistas... Las nuevas Cámaras quizá se parezcan demasiado a las actuales. Quizá difieran unos puntos —unos escaños— en un sentido o en otro. Volverá entonces a producirse el ritual habitual: el encargo de

formar Gobierno, los pactos y los acuerdos entre bastidores, el programa, la investidura, la toma de posesión. Pero si todo este ritual no produce una reforma profunda del Estado y, dentro de él, del sistema, no habrá servido para nada. Para seguir adelante algo más, mientras la sociedad civil se separa más y más.

Pero, ¿puede hacer otra

cosa cualquier Gobierno que se forme? ¿No estarán siempre presionando unos grupos dominantes para que no suceda esta reforma? En realidad, la corriente entrópica que se produce en contra de un desarrollo vital de la democracia italiana parece mucho más fuerte, dentro de la política italiana, que cualquier intento. Si es que existe. ■

## PCI: UN CONGRESO HISTORICO

RODRIGO VAZQUEZ-PRADA



El secretario general del PCI, Enrico Berlinguer, durante el decimo-cuarto Congreso de su partido, celebrado en circunstancias especialmente críticas para el país.

**E**L XIV Congreso del PCI —marzo de 1975— pasó a la Historia de Italia como el marco que sancionó la propuesta berlingueriana de "compromiso histórico". Es decir, la propuesta de entendimiento entre comunistas, socialistas y las masas populares de inspiración católica, elaborada por Enrico Berlinguer en el otoño de 1973, a raíz del golpe de Estado en Chile, a través de

una serie de artículos publicados en "Rinascita". No sería aventurado decir que el XV Congreso del Partido Comunista más importante de la Europa Occidental —un millón setecientos noventa mil militantes y un 34 por 100 de los votos en las elecciones de 1976— entrará a formar parte de los grandes acontecimientos de la Historia contemporánea de Italia, no sólo por la reafirmación de la "po-

lítica de unidad democrática", de la que es su expresión más acabada el "compromiso histórico", sino, fundamentalmente, por haber ratificado una decisión política no menos histórica: la salida del PCI de la mayoría parlamentaria y su atrincheramiento en la oposición.

El XV Congreso del PCI abrió sus sesiones en el Palacio de los Deportes enclavado en el Eur (zona residencial de Roma), precisamente un día después del sepelio del dirigente republicano y vicepresidente del Gobierno, Ugo La Malfa, uno de los políticos que, con Aldo Moro, había propiciado de manera más abierta el entendimiento con los comunistas.

### El informe Berlinguer

De esta particular coyuntura política interna partió el secretario general del PCI, Enrico Berlinguer, en su amplísimo informe —150 folios y casi cuatro horas de lectura— con el que se iniciaron los trabajos congresuales. En él, Berlinguer subrayó algunos de los elementos fundamentales contenidos en el proyecto de tesis, entre ellos su análisis de la "crisis de la sociedad italiana", en la que se están dando, en su opinión, "fenómenos degenerativos y tendencias regresivas" que llevan a la sociedad y al Estado